

Notas sobre la actividad lúdica del adulto: El ajedrez⁽¹⁾

Juan Pereira Anavitarte

(Montevideo)

Resumen

Se plantea el problema de que es lo que ocurre en el adulto que juega y por qué juega. Se orienta el problema en otro sentido: qué es lo que ocurre en el adulto que no puede dejar de jugar. Situación en la que estaba un paciente autista cuya actividad casi exclusiva era jugar al ajedrez. La actitud total del paciente, los gestos, su modo de moverse, sus frases incoherentes constituyeron su modo ajedrecístico de comportamiento en la relación con el psicoanalista, así la situación pudo ser interpretada y tener acceso al núcleo autista de su personalidad, el “hada” madre idealizada, que debía defender y conservar, que podía llevarlo a la inmortalidad si lograba salvarla del ataque de sus perseguidores, internos y externos. El ajedrez era la representación del drama interior del paciente; allí, en los límites del tablero, podía ordenar y reordenar sus objetos, probar su capacidad de defensa, evitar el “torbellino”, que era el caos interno, la mezcla de las buenas y las malas imagos. Estas situaciones eran llevadas en la transferencia con frases — y palabras — piezas de ajedrez, en sesiones - partidas de ajedrez. La técnica de interpretación fue la descrita por Melanie Klein respecto al juego de los niños.

El cambio en la situación interna del paciente se mostró en el momento en que “cambia de juego”, y me propone “jugar a los dados”, lo que significó una

¹ Trabajo leído el 18 de junio de 1956 en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Un aspecto del tema fue presentado en el Primer Congreso Latino- Americano de Psicoanálisis, en Buenos Aires, el 16 de julio de 1956 con el título: “Significados del juego de Ajedrez en un caso de Autismo”.

actitud menos controlada, aceptar el azar, el tiempo y la muerte. Pudo hablar en forma más coherente y paulatinamente enriquecer sus relaciones con el mundo, rompiendo los límites rígidos del “tablero de ajedrez vital”. Se concluye:

1º Que la situación de juego en el adulto expresa y satisface situaciones de ansiedad primitivas (paranoides y depresivas).

2º Que también en el adulto constituye un puente entre la fantasía y la realidad; que es un medio para la acción, pero que cuando se pierde el carácter de “como-si” se convierte en la acción misma.

3º Que participa de las mismas características internas, funciones e intencionalidad que el juego de los niños, descrito por Freud y Klein.

4º Que el caso citado fue interpretado de acuerdo a los principios de Melanie Klein, y que en momento en que se debilita el “hada”, objeto idealizado, pudo darme palabras y salir de la situación-ajedrez, admitir la muerte y vivir, analizando a través del mecanismo de identificación proyectiva sus ansiedades paranoides y depresivas, expresadas en el juego de ajedrez.

Summary

The problem is presented of knowing what happens in the adult who plays games, and why he plays them. The problem here takes another direction: what happens in an adult who cannot do without his game. This is the situation of an autistic patient whose almost exclusive activity consisted in playing chess. The entire attitude of the patient, his gestures, his movements, his incoherent phrases, constituted his chess-player's manner of behaviour towards his psycho-analyst. It proved possible to interpret the situation in this way, and give access to the autistic core of his personality, — a “fairy” or idealized mother whom he was bound to defend and preserve, and who could raise him to immortality if he succeeded in saving her from the attacks of her persecutors, internal and external. The game of chess represented the internal drama of the patient. There, in the limits of the chess-board, he could order and recorder its objects, prove his capacity for defence, avoid the “whirlpool”, the internal chaos, the mingling of good and bad images. These situations were transposed in the transfer by means of phrases and words used as chessmen in analysis-session

games of chess. The interpretation technique employed was that described by Melanie Klein in connection with children's games.

The change in the patient's internal situation appeared at the moment he "changed games" and proposed that we play at dice, which signified a less controlled attitude, the acceptance of chance, of time, of death. He was able to speak in a more coherent manner and enrich little by little his relationships with the world by breaking through the rigid limits of his "vital chessboard".

The conclusion was:

1. That the "game" situation in the adult expresses and satisfies situations of primitive anxiety (paranoid and depressive);

2. That in the adult it also constitutes a bridge between phantasy and reality; that it is a means of action, but that when it loses its "as if" quality it is converted into the action itself;

3. It share a the same internal characteristics, the same functions and the same intentionality as children's games, as described by Freud and Klein;

4. The case cited was interpreted according to the principles of Melanie Klein, and at the moment when the "fairy", the idealized object, lost her power, he was able to give me words and come out of the chess-situation, admit death, and experience, while analyzing them by means of the mechanism of protective identification, his paranoid and depressive anxieties which found expression in the game of chess

La actividad lúdica ha sido considerada como el modo específico de actividad del niño: sin embargo, es evidente que en la vida de los adultos

interviene el juego y se lo identifica con facilidad no solamente cuando entra en una circunstancia calificada estructuralmente como tal, sino también cuando está trascendida en otras formas: en actitudes frente al trabajo, en formas de conducta, etc. Se me planteó así, el problema de qué es lo que ocurre en el adulto que juega, qué es lo que ocurre en él cuando juega, y por qué lo necesita. Como método de investigación orienté el problema en otro sentido: qué es lo que pasa en el adulto que no puede dejar de jugar, situaciones en las que el jugar ocupa la casi totalidad de hacer de un individuo.

Hoy entendemos que el juego en el niño tiene un significado especial como modo de elaborar situaciones internas de ansiedad, llevando afuera lo interno mediante mecanismos de identificación proyectiva. Que las ansiedades en el niño están referidas a sus relaciones de objeto, movilizadas por su Ínter juego de amor y odio que se defiende de tensiones que lo llevarían a la aniquilación. Que en la situación analítica expresa sus conflictos a través del juego, que dramatiza su mundo interno de objetos y través de la personificación permite al analista desempeñar su papel en límites determinados en el tiempo y el espacio en forma de actividad libre y bajo el imperio del “como- sí”.

El interrogante que planteo es: si esa concepción de Freud y Klein puede ser aplicada para el adulto que juega, si en ese caso, el juego tiene o no, un sentido regresivo a etapas que debieran haberse superado (contenido del reproche del medio al adulto que juega) y en todo caso, qué es lo que elabora el adulto que juega, si son ansiedades del tipo de las del niño, y cómo debemos interpretarlas.

La situación del adulto “que no puede dejar de jugar” la ejemplifico con el caso de un paciente; y la tesis implícita en estas notas es que la situación lúdica del adulto sirve para la elaboración de ansiedades primitivas, que en ese aspecto son regresiones cuya finalidad es la satisfacción de las fantasías - contenido del juego, que tiene un carácter de puente entre la fantasía y la realidad, puente de tránsito normal en la infancia y que en ciertas circunstancias vuelve a ser usado por el adulto como regresión y que cuando no puede trasponerlo o sea cuando el sujeto queda en él, es porque actúan dificultades para el manejo de la ansiedad. Y que para el estudio de esas ansiedades se exige el análisis de los juegos como expresión de las fantasías del enfermo.

Ejemplo :

Se trata de un paciente de 29 años, que inicia su psicoanálisis 15 días después de su segunda internación sanatorial. Se le había diagnosticado una esquizofrenia y se le había tratado psiquiátricamente con insulina durante la primera internación cuatro años antes.

Se presenta como una persona hermética, de movimientos rígidos, pausados y muy controlados, dando la impresión de existir en él una especie de “mecanismo” que regía ese control que le daba un aspecto ceremonioso. Se recostaba en el diván con extremado cuidado permaneciendo muchas veces acostado con la misma actitud que si estuviera de pie; mirada viva pero al mismo tiempo alejada, con una facie entre adulta e infantil.

Las primeras sesiones se caracterizaron por ser muy silenciosas, con frases incoherentes, movimientos de manos, brazos, y en algunas oportunidades, de todo el cuerpo. Era difícil establecer contacto con él; interpreté en términos de control respecto a mí por los objetos internos que debía defender de mi intervención (contenido paranoide de la actitud); pero también como miedo a atacarme y enloquecerme (contenido depresivo).

Tenía conocimiento por la información familiar que se trataba de un asiduo jugador de ajedrez, recordé esa información en un momento en el que los movimientos ceremoniosos y rígidos de mi paciente, así como el hermetismo de sus expresiones, junto a la palabra “estrategia” usada en ese momento. Todo eso me hizo comprender que mi paciente vivía conmigo una partida de ajedrez: sus gestos, su modo de moverse dentro del consultorio se me aparecieron como si él mismo fuera una pieza de ajedrez, y sus frases, jugadas con criterio “estratégico”, con un alcance mucho más defensivo, que de ataque. Le interpreté, describiéndole primero su conducta, que “vivía conmigo una situación de lucha, que el espacio de la habitación se había convertido en un marco - escenario de la relación conmigo, en la que trataba de defender algo valioso de su interior contra mi conocimiento vivido como una penetración en su “terreno”, que contra eso me anteponía palabras, su cuerpo se ponía rígido, como si realizáramos un juego”. En la misma sesión siguió en silencio, pero miró a su alrededor y dijo: “trato de ambientarme”, le interpreté que trataba de saber dónde estaba y que sentía que era la primera vez que veía lo que lo rodeaba; siguió su examen y preguntó si una talla de madera (en la realidad

una cabeza africana) había sido realizada por mí. Interpreté que deseaba saber quien era yo, cómo era mi interior y qué intenciones tenía para con él.

En la sesión siguiente permaneció un rato en silencio, hizo un gesto de alejamiento de mí, con la cabeza y el dorso estirando al mismo tiempo un brazo y diciendo: “seguimos con el juego. Partida de ajedrez”. Era la primera vez que usaba la palabra ajedrez. Pienso que en ese momento se produjo un cambio fundamental en él: salía de la situación de juego de ajedrez conmigo, como conducta total, y me daba la clave de su relación conmigo, no era sino una relación - ajedrez o si se quiere era como decirme: no puedo sino jugar al ajedrez con usted, mi relación con el mundo es esa.

En una sesión posterior en la que hice una pregunta concreta: “¿ quién es X?”, expresó con gestos, evidente molestia que interpreté diciéndole que para él era como preguntarle mucho más de lo que en realidad le preguntaba, tuve la impresión que el paciente vivía una oscura intención en mi pregunta, aclara la situación diciendo: “seguimos con el juego de ajedrez”. Interpreté que se sentía burlado por mí, que era como preguntarle la intención de una jugada, y que su frase “seguimos con el juego de ajedrez” era una aclaración y al mismo tiempo recordarme que estábamos sujetos a ciertos principios.

El paciente había reducido su vida a comer, dormir, analizarse y jugar al ajedrez, cosa que hacía durante varias horas al día antes y después de la sesión. El ajedrez en aquel momento constituía su modo de relación con el mundo, que expresaba en el análisis en forma de frases y palabras - piezas, que debía ordenar y jugar; cuando no con su lenguaje gestual impresionaba como si él mismo fuera una pieza de ajedrez que se colocaba en distintas posiciones.

Había notado una dificultad bastante intensa para relacionarse en los primeros minutos de las sesiones, al final del segundo mes de tratamiento me aclara que, “estaba este... figurándome que estaba. . . tamizando ideas y también pensando en la etimología de la palabra reprobar, re - probar. . . reordenar”. Interpreté que estaba buscando el modo de empezar a jugar conmigo y que estaba seleccionando y re - probando aperturas. Trataba además de probar el efecto de sus palabras en mí, las palabras expresadas si bien eran un modo de comunicación, también servían para controlarme. La jugada de ajedrez en la realidad expresa lo mismo, es comunicarse con el

contrincante pero también controlarlo, paralizarlo, con efectos previstos para los que el jugador hábil ya supone posibilidades de defensa o de ataque. Transferencialmente era estar frente a un jugador peligroso cuya peligrosidad le hacía sentirse incapaz de definirse, de darme algo. Expresa: “me siento incapaz de definirme... (silencio e inmovilidad absoluta). . . salteo, omito una generación”. Salteándola quedaba dentro de su madre, no podía salir, ni jugar, por otra parte la dificultad era sacar afuera palabras, perder a su madre idealizada, vivir y crecer. Esto último fue expresado por escrito en una esquila que había escrito en su casa para mí, en la que expresaba su miedo a “sacrificar el hada”; y declaraba haber perdido la “ilusión de la inmortalidad” y los riesgos del análisis, diciendo: “llegaría a ser útil, sin alcanzar mayor felicidad”. Cuando le interpreto sus temores, responde ablandando su rigidez y diciendo que “confundía la conjugación de los verbos”, “de los tiempos”, o sea pasado, presente y futuro; em-barazo-nacimiento-crecimiento, invirtiéndolos en no crecimiento-embarazarse con el “hada” y quedarse detenido, rígido, defendiéndose de mí, como de los demás, con una técnica de estilo ajedrecístico. Expresa de ese modo el núcleo autista de su personalidad, el “hada” que lo alimenta internamente. Más adelante muestra una teoría sobre la inmortalidad que deseaba alcanzar junto a su madre y que guardó celosamente durante más de dos años de tratamiento. Jugar al ajedrez era pues, una lucha riesgosa por mantener y defender el hada - madre, pero también “comer” y atacar los contenidos a veces malos del contrincante (jugadores de “segunda categoría” pero en otras, buenos (jugadores campeones y vicecampeones). También se exponía a ser vencido, “comido”, “destruido”, en días en que “inexplicablemente perdía una partida tras otra”, sin sentir pena, sino por el contrario deseos de seguir jugando aunque perdiera. Se trataba de un intento de liberación de sus objetos malos, expresando la fantasía de tener su interior disociado, como un juego desordenado que calificaba como el “torbellino” o sea la mezcla de lo bueno y lo malo, sin posibilidad de control y que trataba de expulsar, sacar afuera, en el tablero de ajedrez.

“Me pregunto hasta donde fueron los cálculos de mi subconsciente al pedir el internamiento” (el segundo internamiento había sido realizado a pedido del paciente), le interpreto que habían partes en él que actuaban y pensaban sin él, que no podía ser el líder de sus objetos. Responde diciendo: “sentirse un todo se logra en un momento de exaltación” (sería el control de todas sus partes) ...

“paso de una exaltación imaginativa a un frío cálculo jugando al ajedrez, no hará una hora que estuve jugando, allí tengo esa exaltación imaginativa de las posiciones y debo usar el frío cálculo para vencer o para empatar sin diferencia de peones”. En ese momento sus partes buenas están bajo su control y localiza las malas en el contrincante, realizando una identificación proyectiva. Transferencialmente su actitud era mostrarme jugadas y al mismo tiempo realizar un ajedrez interno: “cada vez que pienso una idea, se me aparece la contraria”, de modo que la relación verbal conmigo se realizaba cuando yo ocupaba un papel o sea era un contrincante con un significado persecutorio. En una oportunidad vio que tomaba algunas notas durante la sesión, hizo un gesto de desagrado, diciendo que “era como jugar una partida de ajedrez con planteamientos”, le interpreté que por ese motivo vivenciándome como un jugador que busca ventajas, había dejado de hablar, y que su temor era que yo descubriera su técnica, le robara su pensamiento, me responde que si, pero que supone “que no debo haber ganado más que un peón durante la partida”, percibía que había hablado muy poco, vale decir que no se había arriesgado, ni me había dejado jugar - interpretar,

Las sesiones - ajedrez, constituyeron la mayoría de las sesiones durante los cuatro primeros meses de análisis, eran sesiones controladas, silenciosas, en las cuales mi papel oscilaba entre el de un espectador que interpreta gestos, a un jugador peligroso que podía robar su equilibrio, desorganizar sus ideas, enloquecerlo, etc. Contratransferencialmente viví la situación como una prueba casi constante en la que cupo muchas veces la sensación de sentirme desorientado y a veces burlado por las “jugadas” de mi paciente.

Pronto la lucha se expresó en términos de potencia, con fantasías de penetración mutua. Cuando empecé a interpretar el contenido fálico del juego, como también el valor figurativo de las piezas: el Rey como el padre o como él mismo o parte muy valiosa de él, el pene; la Dama como la madre pero también como su “hada” interna, fueron apareciendo muy lentamente sus fantasías respecto a sus padres, sus experiencias en relación con ellos, con sus ex - compañeros de estudio. . . hasta que en una sesión me propone “jugar a los dados”, vale decir abandonar la situación de control y colocarnos en posición menos antagónica, pero también eludir la responsabilidad, desplazando al azar, la “autoría” del triunfo o el fracaso de nuestro “juego”, en otro plano era aceptar la vida, el devenir, el tiempo, la posibilidad de muerte

aunque en un aspecto pasivo, cée algo que le es dado, que le llega, triunfo (vida) o fracaso (muerte). “Jugar a los dados”, equivalió en esa sesión a una verbalización más rica, más espontánea y también a información sobre su vida, especialmente a sus experiencias masturbatorias y a la evolución de su sintomatología. En la misma sesión expresó: “en realidad trato de fortalecer su voluntad para vencer mis temores”, significaba que colocaba en mí, partes buenas que aceptaba mi ayuda en la solución de sus conflictos; en el plano ajedrez, equivalía a dar vuelta el tablero y a hacerme jugar sus partes buenas o con sus partes buenas, contra las malas temidas en él, era al mismo tiempo verme como figura protectora. Pero no significó en la realidad abandonar la posición - ajedrez, seguía jugando aunque reinicia sus estudios, sus deportes y amplía sus relaciones con el mundo. En ese momento empieza a discriminar el ajedrez como juego y como actividad vital exclusiva: “lo extraño que es la personalidad de uno, que teniendo tendencia a lo práctico, me entretenga en una actividad teórica como el ajedrez, sin finalidad palpable. Acostumbro a decir a los novatos que el ajedrez es demasiado ciencia para ser juego y demasiado juego para ser ciencia”. Interpreto el ajedrez como actividad intermedia o puente entre la vida (lo “práctico” y lo “palpable”) y su mundo interno. El significado del juego ha cambiado, pasando a ser una prueba ilusoria y mágica de su capacidad de producción, de amor, y de destrucción, en su relación con el medio y con sus fantasías. Expresó también en la misma sesión su deseo de trabajar, de rendir exámenes y ayudar a pagar su análisis, pero persisten serios temores: “es probable que si pretendo hacer ambas cosas termine por jugar al ajedrez”.

En realidad, en períodos de pre - examen reaparece la actividad ajedrecística dentro y fuera de la sesión, pero con significado diferente, declara que procura “líneas” en las que afirmar su éxito, expresando deseos de “tomar otro juego y procurar elevarme a través del juego, a través de nuevas fantasías”. Desea abandonar el ajedrez, con la convicción de que no le sirve para afirmar el éxito en su vida o sea sus contenidos buenos y también para mantener el equilibrio alcanzado. Es también desear romper una estructura de conducta y llegar a expresar sus relaciones objetales en otro plano de realidad más maduro. Cobra conciencia del “como - si” de la situación lúdica pero también de haber perdido ese “como - si”. En ese sentido expresa: “es el convencimiento de que los símbolos esconden fuerzas vitales, realidades”. Son

esas “fuerzas vitales” las que el paciente desea recuperar y usarlas fuera de la situación - ajedrez, recuperar lo que él colocó en ella. Sentía temor al ajedrez y se deprimía cada vez que jugaba, por la fantasía de haber dejado allí algo y no haber podido recuperarlo: su capacidad intelectual: “exaltación imaginativa y frío cálculo” para orientarlo al estudio; recuperar su potencia genital, con relaciones menos disociadas no ya el “hada” en él y la “dama” peligrosa en el contrincante. No ya prever las “reacciones” del contrincante sino alcanzar poder de previsión en la realidad y sus cambios.

La fantasía global de mi paciente la expresaría recurriendo a un símil que más de una vez viví en la relación con él: un mago laboratorista que vive encapsulado en su laboratorio, que realiza allí su contacto con el mundo, en el que encierra desde el rayo en un aparato de física hasta los fenómenos más terribles o sublimes de la destrucción o el amor; situados allí, a su arbitrio, renovables; e inmortalizado en la participación con aquellos objetos, “realizándose” él (en el sentido de Winnicott). ⁽²⁾ Mi paciente encerraba en el tablero de ajedrez la totalidad de sus posibilidades de vida, expresaba allí sus temores y su amor. Allí se “realizaba”. Proyectaba y organizaba su caos interno.

CONCLUSIONES

1° En el momento en que se debilita el “hada”, objeto idealizado y se fortalece mi figura, puede darme palabras y salir de la situación - ajedrez, por el análisis de su juego en la sesión y conmigo, pudo “darse”, “jugar a los dados” admitir la muerte y poder vivir.

2° Técnicamente el análisis pudo desarrollarse cuando se incluyó en la interpretación al ajedrez, cuando pude interpretar que estaba “jugando”, interpretado con técnica similar a la de Klein. El juego como elemento puente que permitió analizar sus ansiedades paranoides y depresivas. Como el niño tenía sólo el juego para expresarlas. El juego era su modo existencial, situación similar a la que se crea cuando el símbolo tiene todo el significado de lo simbolizado y pasa a ser el objeto y no su representante. Podríamos expresarlo

² “Desarrollo emocional primitivo” trad. de “The International Journal of Psycho - Analysis” en Revista del Psicoanálisis, Buenos Aires, Tomo V, N° 4, 1948.

diciendo que había perdido el “como - si” del juego: de medio para la acción se convirtió en la acción.

La generalización de orden técnico sería, la necesidad de atender a la actividad lúdica de nuestros pacientes adultos.

3º La situación de juego en el adulto participa de las mismas características internas, funciones e intencionalidad del juego en el niño descritas por Freud y Klein.

Bibliografía psicoanalítica sobre el Ajedrez:

JONES, ERNEST. — “The Problem of Paul Morphy. A contribution to the Psychoanalysis of Chess”. Int. Jour. of Psychoanalysis. Vol. 12, 1931.

GRINBERG, LEON. — “Sobre algunos mecanismos esquizoides en relación con el juego de ajedrez”. Revista de Psicoanálisis. Buenos Aires, Tomo XII, Nº 3, 1955.